



Iglesia Episcopal en Colombia

Comunión Anglicana

www.iglesiaepiscopal.org.co



Estación Cuaresmal

(Tomado del libro: Introducción al Culto, por Isaías A. Rodríguez)
Artículo de www.episcopaleslatinos.org

Miércoles de Ceniza (Cuaresma I)

El "*Miércoles de Ceniza*" marca el comienzo de la Cuaresma, sin embargo, históricamente este día, con su connotación litúrgica y espiritual, no aparece hasta el siglo XI. En el Antiguo Testamento ya se usaba la ceniza con carácter penitencial. Así lo entendieron y emplearon también los primeros cristianos en casos de pecadores notorios.

La costumbre de distribuir las cenizas no se originó en Roma, sino en las liturgias galicana y mozárabe, cuando los penitentes la recibían al entrar en orden penitencial. La práctica adquirió popularidad con el tiempo. Sin embargo, fue el papa Urbano II, en 1091, quien mandó imponer las cenizas en las cabezas de los fieles el miércoles anterior al primer domingo de Cuaresma. Esto dio origen al Miércoles de Ceniza. Al imponer las cenizas, después de la homilía, el ministro cita la frase bíblica: "*Eres polvo y al polvo tornarás*" (Gn 3,19).

La Cuaresma se inicia con el Miércoles de Ceniza y dura hasta el Domingo de Ramos según unos, hasta el Jueves Santo según otros; en la enumeración de "cuarenta" días unos computan los domingos y otros no.

Para el hispano -sobre todo para los mexicanos- es éste uno de los días más significativos. Virgilio Elizondo, en su libro *Galilean Journey*, explica cómo el Miércoles de Ceniza no es principalmente para los mexicanos ni el principio de la Cuaresma ni el inicio de una serie de sacrificios, sino una renovación cúllica de comunión con la Madre Tierra, porque la Tierra ha sido siempre sagrada para el mexicano y quiere mantener una identidad fundamental con ella. Ese miércoles casi todas las iglesias se llenan de fieles y al final del acto, algunos feligreses mexicanos piden que se les dé algo de ceniza para imponérsela ellos mismos a los enfermos que no han podido asistir a la celebración.

Tenemos en esta práctica religiosa un ejemplo de la simbiosis ecuménica que los hispanos están originando en este país de acogida. Algunas confesiones cristianas que no celebraban el Miércoles de Ceniza lo están implantando para, de este modo, complacer la demanda espiritual de los latinos.

La Cuaresma (II)

Al origen de la Cuaresma contribuyeron varios factores históricos, y está estrechamente relacionado con la celebración de la Pascua, de la cual depende. Efectivamente, antes de la celebración pascual, los primeros cristianos empezaron a observar ayuno el sábado, según Tertuliano, era el único día del año "en el cual la obligación de ayunar era general, como si fuera oficial"; luego se añadió el viernes; y en el siglo III, según la Didascalia, ya se observaban seis días de ayuno; así se inició un proceso que culminaría en cuarenta días.

Otros factores decisivos provienen de los sacramentos del bautismo y de la reconciliación. Por Hipólito sabemos que los candidatos al bautismo tenían que observar un catecumenado de tres años, en el que se conjugaban estudio, oración, sacrificio, vida ejemplar, como preparación para el bautismo que recibían el día de Pascua. Al disminuir la práctica del catecumenado, la preparación para el bautismo consistía en unas semanas de intensa preparación antes de la Pascua. Independientemente de esto, el historiador Sócrates afirma que, en el siglo IV, en Roma ya se observaban tres semanas consecutivas de ayuno, antes de la Pascua. Así mismo, san Jerónimo hace referencia expresa a la Cuaresma o quadragesima, con relación clara al número simbólico bíblico de cuarenta; y Atanasio de Alejandría, exiliado en Roma (en el 340), escribe a su comunidad alejandrina indicando que en Roma se observan cuarenta días de penitencia antes de la Pascua. En Alejandría ya se venían observando seis días de penitencia; lo interesante de esta comunidad es que, cuando deciden extender los días a cuarenta, no lo hacen en referencia a los cuarenta días que Jesús observó (según el Evangelio de Marcos 1,13), sino por conexión al bautismo como se hacía en Roma. Por otra parte, cuando en el siglo VII, la reconciliación pública comenzó a ser sustituida por la penitencia privada, la Cuaresma quedó fijada casi exclusivamente como tiempo penitencial y ascético.

Con la reforma litúrgica efectuada en la última parte del siglo XX, muchas confesiones cristianas han vuelto a enfatizar el doble aspecto histórico de este tiempo: la preparación para el bautismo (catecumenado) y la penitencia-oración y abnegación preparatorias para la Pascua.

El "Miércoles de ceniza" da comienzo a la Cuaresma, sin embargo históricamente este día, con su connotación litúrgica y espiritual, no aparece hasta el siglo XI. En el Antiguo Testamento ya se usaba la ceniza con carácter penitencial. Así lo entendieron y usaron también los primeros cristianos en casos de pecadores notorios. La costumbre de distribuir las cenizas no se originó en Roma, sino en las liturgias galicana y mozárabe, cuando los penitentes las recibían al entrar en un orden penitencial. La práctica adquirió popularidad. Sin embargo, fue el papa Urbano II, en 1091, quien mandó imponer las cenizas en las cabezas de los fieles el miércoles anterior al primer domingo de Cuaresma. Esto dio origen al Miércoles de ceniza. Al imponer las cenizas, después de la homilía, el ministro cita la frase

bíblica: "Eres polvo y al polvo tornarás" (Gn 3,19).

Domingo de Ramos (Cuaresma III)

La Semana Santa se inicia con el domingo de Pasión, o domingo de Ramos, y se desarrolla hasta la Vigilia Pascual celebrada el sábado, al caer la tarde.

Antes de la reforma litúrgica, el domingo anterior al de Ramos se conocía como domingo de Pasión. Ahora se han fusionado los dos en uno sólo, de tal manera que la primera parte de la liturgia celebra la entrada de Jesús en Jerusalén, y la segunda parte se centra en la lectura de la pasión del Señor.

La religiosa Egeria, en una peregrinación realizada entre 381-384, describe cómo en el siglo IV ya se celebraba el domingo de Ramos en Jerusalén. A la una de la tarde, la gente se reunía con el obispo en el Monte de los Olivos, en la iglesia de Elena, una de las iglesias edificadas por Elena, la madre de Constantino; a las tres de la tarde la procesión se dirigía hacia la ciudad. La gente llevaba ramos y los movían mientras cantaban salmos y la antífona: "Bendito el que viene en el nombre del Señor". La procesión marchaba lentamente porque en ella se encontraban ancianos y mujeres llevando bebés. Llegados a la iglesia del Santo Sepulcro celebraban un oficio vespertino, se recitaba una oración en el lugar de la cruz, y se despedía a la gente.

Se marcó este día siguiendo la frase del Evangelio de Juan: "Seis días antes de la Pascua..."(Jn 12,1). En la procesión, el obispo representaba a Jesús. Más tarde, la imaginación medieval lo representó de diferentes maneras: el Evangeliario abierto; en Inglaterra y Normandía, la hostia consagrada; en Alemania, se llevaba un burro de madera con ruedas, sobre el cual iba una figura del Salvador. Esta costumbre del domingo de Ramos se imitó, primero en España en el siglo V, en la Galia en el VII, en Inglaterra al principio del VII, y finalmente en Roma en el XII.

La devoción del pueblo acostumbra a llevarse a casa las palmas o ramos bendecidos al principio de la celebración eucarística. Los coloca en pequeños altares o en lugares apropiados para acordarse de que Cristo es nuestro Rey. También es costumbre en muchos lugares llevar un burro en la procesión, recordando al que llevó a Jesús.

El Jueves Santo (Cuaresma IV)

Este día da inicio al gran Triduo pascual. Alguien ha dicho que el Jueves Santo es "uno de los días más complejos de todo el año eclesialístico". Se han conjugado en este día varios elementos: la conmemoración de la Última Cena, la reconciliación

de los penitentes, la bendición de los óleos y el lavatorio de los pies, que en un principio se hacía el Sábado Santo. Al principio no se celebraban eucaristías durante la semana precedente a la Vigilia pascual. Al final del siglo IV en algunas zonas ya se celebraba una misa el Jueves Santo. Egeria, que llegó a Jerusalén como peregrina, cuenta cómo a las dos de la tarde se celebraba en este día una misa en el Martirio (la gran basílica edificada por Elena sobre el lugar donde se descubrió la cruz). A las cuatro de la tarde se reunían de nuevo detrás de la iglesia donde se había erigido una cruz -según se creía en el lugar de la crucifixión- para tener otra celebración. Luego iban a casa para comer algo, y regresaban más tarde al Monte de los Olivos, y pasaban la noche en oración y en lecturas de los evangelios, yendo de una iglesia a otra.

La costumbre de celebrar la eucaristía ese día por la tarde, bajo el nombre de la cena del Señor, se extendió por toda la Iglesia. Los penitentes, que antiguamente se reconciliaban en la Vigilia pascual, ahora eran admitidos en este día. En el siglo IV se empezó a permitir que los sacerdotes presidieran en los ritos de iniciación celebrados en la Vigilia pascual. Puesto que sólo el obispo podía bendecir los óleos que se usaban en el bautismo y en la confirmación, dicha acción tuvo que ser anticipada al Jueves santo, para que los sacerdotes usaran los óleos en la Vigilia pascual.

En la Edad Media se incorporó la reserva de la eucaristía para la comunión del sacerdote al día siguiente y el lavatorio de los pies; en muchos lugares, los abades (directores de monasterios) lavaban los pies a los monjes, y los reyes a los aldeanos.

En la actualidad, se acentúa la manifestación de unidad del presbiterado con el obispo. Todos renuevan los votos sacerdotales. El obispo bendice los óleos. Por razones prácticas, en algunas confesiones cristianas, esta celebración con el obispo tiene lugar otro día de la semana, anterior al Jueves Santo, permitiendo así que los sacerdotes puedan celebrar la festividad con sus feligreses.

El Viernes Santo (Cuaresma V)

El Viernes Santo no se celebraba en un principio. Los primeros cristianos consideraban la Pascua cristiana como una fiesta que comprendía la muerte y resurrección de Jesús. Sin embargo, a finales del siglo IV la peregrina Egeria describe la observancia de este día con una ceremonia que transcurría desde las ocho de la mañana hasta el mediodía. Los diáconos llevaban una caja decorada en oro, en la que se guardaba un trozo de madera que se consideraba había sido de la auténtica cruz sobre la que murió Jesús; el trozo se exponía junto con la inscripción de la cruz, sobre una mesa cubierta con un paño y colocada en el patio de la basílica del Martirio. El obispo lo sostenía y los fieles lo veneraban. Continuaba el servicio con lecturas e himnos, hasta las tres de la tarde. Luego entraban en la basílica para llevar a cabo otro acto religioso y finalmente iban a la

tumba, en donde se daba lectura de la narración del entierro del Evangelio de Juan (Jn 19,38-42).

En el siglo VII se llevaron reliquias de la cruz a Roma y se introdujo el ceremonial del Viernes Santo. Otras iglesias fueron adquiriendo trozos de la madera considerada como la auténtica cruz y empezaron a observar ritos como el de Jerusalén. Finalmente, la práctica se extendió incluso a iglesias que no contaban con ninguna reliquia de la cruz.

Llegados a este punto, se ha de notar que ni el trozo de madera venerado por los fieles, ni las primeras cruces contenían imagen alguna de Cristo. De hecho, en las dos últimas semanas de Cuaresma, se empezó a cubrir las cruces porque algunas estaban decoradas con alhajas. Se descubrían en el servicio solemne del Viernes Santo. Así pues, la historia demuestra que la antigua costumbre se centraba en venerar una reliquia de la cruz, y no al propio Cristo o crucifijo.

El culto de este día está compuesto por tres partes: la liturgia de la palabra, la veneración de la Cruz, y la comunión, recibida de los elementos consagrados en la misa del día de Jueves Santo.

En este día ha sido tradicional predicar acerca de las siete palabras o frases pronunciadas por Jesús en la cruz. Aunque no conocemos el origen cierto de esta devoción, sí sabemos que el jesuita Roberto Belarmino (1542-1621) escribió un libro sobre las mismas. Los jesuitas llevaron la costumbre al Nuevo Continente y difundieron la devoción con ocasión de un terremoto que tuvo lugar en Lima en 1687. Posteriormente, se convirtió en un acto religioso de tres horas, que va del mediodía hasta las tres de la tarde. En el servicio de las siete palabras se predicaba sobre estas frases: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34). "Hoy estarás conmigo en el Paraíso" (Lc 23,43). "He aquí a tu hijo: he aquí a tu Madre" (Jn 19,26). "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,46). "Tengo sed" (Jn 19,28). "Todo está consumado" (Jn 19,30). "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46). Si bien este servicio se suspendió oficialmente en los años sesenta del siglo pasado, muchas iglesias continúan practicando alguna fórmula parecida de meditación sobre alguno de esos pasajes bíblicos.

Durante la devoción se intercalan himnos, oraciones y momentos de silencio para reflexionar. Otras devociones populares de este día han sido: celebrar el encuentro entre Jesús y su madre en el camino del Calvario, el servicio del santo entierro, y la procesión de las tres caídas. Normalmente estas costumbres forman parte del acto del Vía Crucis.

El Via crucis

El Vía Crucis es una devoción muy antigua, observada en un principio por los peregrinos que llegaban a Jerusalén. Consiste en recorrer un itinerario jalonado de representaciones, llamadas estaciones, de las etapas del camino que va del palacio de Pilato al Calvario, deteniéndose para meditar y rezar en cada una de las estaciones.

El Via Crucis, después de haber comprendido un número variable de estaciones, quedó reducido a catorce desde las Advertencias del papa Clemente XII (1731) confirmadas por Benedicto XIV (1742).

De las catorce estaciones ocho están basadas directamente en textos bíblicos. Las seis restantes (3,4,6,7,9 y 13) no tienen base escriturística sino tradición piadosa. Recientemente, por los años sesenta del siglo pasado, con la reforma efectuada por el Concilio Vaticano II, dando capital importancia a la resurrección de Cristo, se habló de incluir otra para recordar tan trascendental evento.

La devoción fue propagada sobre todo por los franciscanos a partir de los siglos XIV-XV. Se han conocido, a través de la historia, infinidad de versiones, la mayoría enfatizando el aspecto emocional. Por ello, la tendencia moderna y más sana, ha sido el acercarse lo más posible al texto bíblico.

Este ejercicio piadoso es más apropiado en Cuaresma, durante los viernes que en cualquier otra época del año.

La Cruz (el crucifijo)

La cruz era el leño del suplicio en el que los romanos colgaban a los condenados con cuerdas o con clavos para dejarlos morir en él. La cruz tenía la forma de una T de la cual ascendía a veces una barra vertical. Sabemos que Jesús fue clavado en la cruz (Lc 24,39; Jn 20, 25-27), pero ignoramos cómo era exactamente la forma de la cruz en la que murió. Durante trescientos años los cristianos no celebraron ninguna ceremonia relacionada con la cruz. Para ellos el acontecimiento fundamental era la Pascua cristiana, una fiesta que comprendía la muerte y resurrección de Jesús.

El año 326 Elena, la madre de Constantino, decide irse a Palestina en búsqueda del sepulcro de Jesús. La acompaña Eusebio, obispo de Cesarea, que describe todo el viaje y la tumba que encontraron y creyeron era la de Cristo. Eusebio no menciona que Elena encontrara la cruz de Cristo, porque para Eusebio, como para el resto de los cristianos, la cruz no era más que un instrumento de vergüenza, lo que verdaderamente contaba era la Resurrección. Sin embargo, cincuenta años más tarde del viaje realizado por Elena, San Ambrosio de Milán (340-397) empezó a difundir la idea de que Elena había hallado la auténtica cruz sobre la que murió Cristo.

Hacia el año 384, una monja hispana que viajó a Palestina describe en La peregrinación de Egeria -un informe dirigido a sus hermanas de religión- cómo ya en ese año, el Viernes Santo, se veneraba un trozo de la madera que se consideraba de la verdadera cruz sobre la que murió Jesús. Trozos de lo que se consideraba la auténtica cruz de Cristo empezaron a multiplicarse por todas partes. En el siglo VII se llevaron reliquias de la cruz a Roma y se inició el servicio del Viernes Santo.

Sin embargo, incluso durante esas fechas, se ha de notar que ningún trozo, ni las primeras cruces creadas, contenían imagen alguna de Cristo crucificado. De hecho, en las dos últimas semanas de Cuaresma, se empezó a cubrir las cruces porque algunas estaban decoradas con alhajas. Se descubrían de nuevo en el servicio solemne de Viernes Santo. La historia demuestra que la antigua costumbre se centraba en venerar una reliquia de la cruz, y no al Cristo.

Sin embargo, con el correr de los años, en Occidente la imagen de Cristo crucificado empezó a colocarse en las cruces, dando lugar a lo que hoy llamamos crucifijo. Hacia el siglo XIII se generalizó la costumbre de colocar un crucifijo sobre los altares. Después del Concilio Vaticano II, el crucifijo ya no aparece en los altares sino elevado, colgado sobre el altar, o en la pared detrás del altar.

La devoción medieval y, sobre todo, la desbordante exuberancia barroca de los siglos XVII y XVIII empiezan a crear en el arte y en la teología unos crucifijos con la imagen de unos cristos en posiciones y expresiones contorsionadas, angustiosas, dramáticas, y llenas de patetismo.

La predicación inculcó en los fieles un amor desproporcionado al Cristo sufriente con detrimento de la alegría de la Resurrección. Este hecho se ha intentado corregir durante en Concilio Vaticano II, pero no era fácil. Los cristianos están tan acostumbrados a las imágenes sangrantes y doloridas de Cristo que no pueden aceptar, presidiendo el altar, una imagen de un Cristo glorioso. Así, los hispanos se cargan de crucifijos y, en no pocas ocasiones, aconsejan al cura la conveniencia de colorar un Crucifijo grande y dolorido en la pared frontal de la iglesia. No cabe duda que muchos hispanos, por todo lo que han padecido a lo largo de la historia, se pueden identificar más fácilmente con un crucifijo doliente que con una imagen gloriosa. Esto explica que los hispanos asistan en mayor número a los actos del Viernes Santo que a la Vigilia Pascual o al Domingo de Resurrección.